

Redacción y Administración: Calle Cardenal Sevilla, 23 de julio de 1971. Número 21.176.

Hundain número 9. — Teléfono 231987 (seis líneas). — Télex 72040. — Apartado número 49. Suscripciones y anuncios: Velázquez, 12. — Teléfono 223524.

LA naturaleza ha sido siempre estilizada y valorada, nunca negada,

FESTIVALES Y PIEDRAS

cieron destruyendo Alhambra y Mezquita por una generación de expeditivos

por la cultura. La filosofía había de apoyarse en ella desde Lucrecia a Rousseau. La poesía amorosa, desde Teócrito a Garcilaso, floreció en «églogas», enmarcada en prado y río. La fórmula mundana y burguesa jardín y piscina es una última evolución del naturismo. Es la «égloga» clásica traída a domicilio.

Cuando Rafael pintó su gran panel «La escuela de Atenas», con sus filósofos paseando al sol y su Euclides tirado en la arena y haciendo en ella, con el dedo, figuras geométricas, mucho más que una Universidad parece aquello un curso de verano. Y cuando Tenier pintaba sus danzas y merendonas en el campo, bajo los árboles, pintaba ya «festivales» de verano; en los que para acentuar más su libre «sans-faço» solía poner Tenier, como rúbrica o sello, un pilluelo haciendo «pis» al pie de un árbol.

Habrà que distinguir dos clases de festivales. Unos son los festivales que se organizan con ritmo anual, en las mismas fechas, en torno de una egregia figura local. Así los festivales de Salzburgo, en torno a Mozart; los de Bayreuth, en torno a Wagner; los de Prades, en torno a Casals; los de Hita, en torno al Arcipreste. Vienen a ser como las novenas y los triduos de la cultura.

Y hay otra clase de festivales que son los que, a lo largo de un verano, traen a las provincias los títulos de mayor éxito del invierno teatral y lírico de Madrid.

En España existen dos festivales de la primera clase. Los de Granada, en torno a la Alhambra, y los de Mérida en torno del Teatro Romano. Las piedras tienen en España más poder de convocatoria que los hombres egregios. Este tipo de festivales se implican difícilmente en un programa de «tournées» teatral o musical. Así, el incomparable Teatro Romano de Mérida, la mayor ruina romana de Europa, debería ofrecer, como Atenas, Siracusa o Balbeck, su festival clásico con la rotación cada año de un par de títulos ya cuajados: Edipo, Antígona, Tyestes, la Orestíada, Medea, Fedra; y si se quería no inmovilizarse en el puro humanismo greco-romano, hacer entrar en el turno un par de títulos europeos de argumento clásico: por ejemplo, el «Julio César» de Shakespeare y el «Tetrarca de Jerusalén» de Calderón. Estos festivales de ese tipo se enganchan difícilmente en una organización de festivales de España. El necesario acoplamiento a una presentación nueva exigiría, a la europea, dos o tres ensayos previos de los actores y cinco días de los directores para enterarse de los planos utilizables en la egregia ruina.

Todo esto lo suple, sí, la furia celtibérica, que es capaz de hacerse analítica y alemana cuando conviene. José Luis Alonso se metió en un día todas las piedras del Teatro Romano en su cabeza. «Antígona» fue llevada a las estrellas por María Fernanda D'Ocón, como si los ochocientos kilómetros Coruña-Mérida, por sentencia no de Creonte, sino del Ministerio, le hubiera servido de ensayo general para morir y resucitar en la cueva del Sipilo convertida en autobús. La geografía española se vuelve cepo de torturas para nuestros heroicos actores en festivales veraniegos. Yo escribí hace años una novela de humor que se llamaba: «De Madrid a Oviedo pasando por las Azores.» Ahora me suena a itinerario de compañía teatral en gira de festivales.

El otro festival de este tipo excepcional es el de Granada. Tanto Mérida como Granada utilizan la fórmula mixta —Ayuntamiento, Diputación Ministerio— con espléndidos resultados. En Granada se contrata todo para el festival: bailarines, orquestas, solistas, surtidores, ruisñones y fresco vientecito nocturno.

Granada ha conseguido veinte años de gloriosa constancia y éxitos crecientes. Ha presentado durante este tiempo la más espléndida colección de orquestas, directores, pianistas, violinistas, sopranos y «ballets». Y ha conseguido la ejemplaridad de hacer todo eso, como ahora Mérida, sin tocar un ladrillo de lo existente. García Gómez ha escrito que, con ser los monumentos árabes los más vulnerables porque el ladrillo y el yeso les dan fragilidad de piñonate y crema, están tan intactos que si Boabdil decidiera volver a su palacio nazarita, con un jergón que tirara en el suelo se podría aviar tan ricamente aquella misma noche. La pelea entre la arqueología y el desarrollo lleva fácilmente a los gruñones a dar por sentado que el palacio bramantino de Carlos V o la catedral de Córdoba se hi-

conquistadores sin sentido arqueológico y cultural. Cuando la verdad, revelada por la investigación documental, es que Carlos V ordenó y obtuvo el máximo respeto de los arquitectos de su hora a la traza del mágico palacio granadino. Y que hubo un largo expediente de planos, protestas y leyes, para lograr que la catedral cristiana de Córdoba se instalara con armonía sintética dentro del ensueño árabe. No olviden que esas tareas remilgadamente respetuosas con el pasado son contemporáneas del enamorado poema de Rodrigo Caro «A las ruinas de Itálica».

Ahora se ocupa el director de Bellas Artes, don Florentino, de que ni la música ni la danza ni el teatro toquen un ladrillo de la Alhambra ni una columna del teatro de Mérida. Don Florentino ya hizo su ensayo volcándose sobre la defensa de Sevilla, como un Queipo de Llano de la cultura, con la descarada parcialidad de los enamorados. Pero luego ha seguido por toda la España en peligro de retoque. Florentino pelea gloriosamente con alcaldes, chamarileros, frailes, obispos y generales, obturando escapes de exportación ilegal y de reconstrucciones de barroquismo. Don Florentino, en Mérida y Granada, ha sido fiel a las tesis de Mérida, Gallego-Burín, Gómez Moreno. Con alegría ante-conciliar maneja la declaración defensiva de «monumento nacional» para todo lo que por estar todavía de «buen ver» tiene que defenderse de «mal tocar»: declaración que viene a ser, en el terreno estético, como el dogma y la consecuente excomunión de la militante cristianidad tridentina.

En Granada y Sevilla, y Mérida, se recordaban estos días los salvamentos del director general. No le faltan, por esa razón, arremetidas del que quiso construir ocho pisos verticales sobre una planta arqueológica; o del que quiso hacer un paseo sobre una necrópolis. Hay ahora muy buenos alcaldes; pero todo alcalde que hace un mercado se expone a que otro buen alcalde que le suceda haga un velódromo, por variar. El riesgo de la pelea y tensión desarrollo-arqueología es inalterable. Las festivales son como los carteles que pregonan una previa tarea defensiva de sus escenarios. Temblando por el constante riesgo a que da el pecho el intrépido director me proponía el «Séneca», al oído, hace unos días:

—¿Y si declaráramos «monumento nacional» al propio don Florentino?

José María PEMAN

De la Real Academia Española

Abra mercados a
sus productos en
todo el mundo
anunciándose en la
Edición Aérea de
ABC